

Un viaje a París

ANTONIO VICENS CASTAÑER

UIB

En el siglo XIX son numerosos los relatos de los viajeros que visitan Mallorca y describen la isla. Los más conocidos son los de Grasset de St. Sauveur, de George Sand, de H. A. Pagenstecher, de Gaston Vuiller o el del magistrado catalán Juan Cortada. Escasas son, en cambio, las narraciones de los mallorquines que viajan al extranjero. El documento que presentamos aquí, un manuscrito inédito que ocupa un cuaderno de 92 páginas, es por ello un testimonio singular. Su autor, Lorenzo Frontera Bauzá, pertenecía a una familia de agricultores acomodados, avicinados en Sóller, un pueblo de la costa norte de Mallorca, situado en un valle profundo y regado por numerosas fuentes, que desde tiempos remotos mantenía con Francia intensas relaciones humanas y comerciales.

Para Lorenzo Frontera hacer un viaje no es un acontecimiento extraordinario. Su hermano Jerónimo, doctor en ciencias y profesor del instituto Charlemagne, reside en París desde hace muchos años (cfr. Vicens Castañer, 1994), otros miembros de la familia se han establecido en Puerto Rico y él mismo conoce algunas ciudades del sur de Francia. Pero el viaje que va a emprender ahora, el 20 de agosto de 1878, en compañía de su hermano Antonio, doctor en medicina, y de su cuñada Magdalena, no tiene más objeto que abrazar a Jerónimo, conocer nuevos lugares y contemplar los fastos de la exposición universal. Se trata por tanto de un auténtico viaje de placer y por esta causa decide escribir un diario que encabeza con un largo título: *De Palma a Barcelona, Cete, Montpellier, Lion, París, Burdeos, Narbona y por Barcelona al punto de partida. Recuerdos e impresiones de viaje*. Piensa, sin duda, que con la ayuda de este diario podrá recordar mejor los días placenteros y los sitios admirables que piensa visitar.

Lorenzo Frontera es un hombre culto y sensible, y su retina se posa, como veremos, sobre una ciudad sorprendente, proyectando sobre ella, no obstante, un imaginario particular que las experiencias de su vida han conformado. Los árboles, el paisaje, los animales, las íntimas convicciones que proceden de su educación, son referencias insustituibles para su mirada curiosa y deslumbrada. Quien conozca los

parajes donde vivió no puede sorprenderse al leer su admiración por la belleza de un cuadro del pintor Pradilla¹, en el cual se ve una hoguera cuyo humo se confunde a lo lejos con un celaje de nubes (p. 39) y tampoco parece extraño que determinadas figuras entrevistas en los museos, que visitó con asiduidad e interés, le hagan evocar, por su parecido, ciertas personas de su entorno: un sacerdote del pueblo, un pariente. La memoria de Frontera transpone sus fantasmas.

Pero Lorenzo Frontera arrastra sus propias preocupaciones. Ha dedicado su vida a regentar la hacienda familiar y a cuidar sus tierras, y sus inquietudes son las propias de un propietario cuyas posesiones se hallan en zonas regadizas y fecundas, sometidas, sin embargo, a un clima inconstante que produce largos períodos de sequedad. La escasez de agua, pues aquel año la sequía había sido especialmente severa, constituye para él una preocupación fundamental que le acompaña durante todo el viaje, como manifiesta al contemplar los paisajes que atraviesa el tren, formados de tierras húmedas y bien cultivadas, o al ver los chorros de agua que salen de las fuentes de Versailles, con tanta fuerza que *podrían hacer correr los torrentes de Sóller* (p. 19). Pero su interés se centra especialmente en los naranjos, que componen la mayor parte de sus cultivos, y que, por primera vez, puede ver ahora usados como plantas ornamentales, colocados en cajas de madera. Su aspecto enfermizo le sorprende al verlos por primera vez en Montpellier, en el patio del hotel donde se hospeda, puestos en vasijas de barro cocido, *con el tronco muy viejo y poca rama* (p. 8). Los ve también en Lyon, en la plaza Bellecour, *bastante gruesos pero de color pálido* (p. 15). Sólo después de una primera visita a los jardines del Luxemburgo, reconoce haber visto algunos muy hermosos (p. 23) aunque, posteriormente, rectifica su juicio repitiendo que los naranjos tienen el color pálido y que hay algunos granados muy hermosos que, sin embargo, no tienen fruto (p. 51).

Con ojos expertos, el viajero valora las técnicas de los horticultores franceses, comparándolas con las propias, y observa que *en Lion para sembrar las semillas hay planteles formados de estiércol del mismo modo que se hacen en Sóller los de pimientos, pero allí tienen lo menos 20 metros de largo [y] también hay muchísimas plantas en tiestos de barro* (p. 19). Alaba asimismo el trabajo de los jardineros que dominan perfectamente el arte de la poda y del injerto.

Como buen comerciante, a Lorenzo le gusta pasear por los mercados y enterarse de los precios. Al llegar a Barcelona visita el mercado de San José, también conocido con el nombre de mercado de la Boquería, y recorre la pescadería ubicada en un bonito tinglado de hierro (p. 2) y, a su regreso, el 27 de septiembre, acude al mercado nuevo *cubierto de un alto y bello tinglado de hierro salido de la fundición el Vulcano* (p. 89). En el mercado central de París, también compuesto de grandes tinglados de hierro (p. 25)², las verduras le parecen limpias y las coles muy her-

¹ Se trata del cuadro que lleva por título *Doña Juana la Loca*. A Frontera no le impresiona el dramatismo de la escena, sino el detalle que cita.

² Frontera descubre así la arquitectura del hierro. El arquitecto Mas i Vila no concibió el mercado de San José como un mercado cubierto. El Mercado Central se construyó entre 1874 y 1876. El mercado de París, más conocido por Les Halles, diseñado por Victor Baltard, empezó a construirse en 1851.

mosas, pero el precio de los tomates, que se venden a 60 cts. el kilo, le parece excesivo pues *no son tan buenos como los de casta mallorquina* (p. 25). Con la misma precisión, el viajero anota el precio de las naranjas que, en las proximidades de la iglesia de St. Eustache, se venden, a 25, 30, 40, 50 y 60 cts. la unidad, y nos informa de que cerca de los Inválidos, los primeros higos de la temporada cuestan 40 cts. medio kilo, a pesar de ser muy malos. Las peras se venden a 20 cts. cada una. Reconoce, sin embargo, que todo se presenta en París con mucha limpieza: *la carne es hermosa y se encuentra en muchas calles y a todas horas* (p. 64). Igualmente, en el matadero de la Villette observa que *la carne se distribuye envuelta en lienzos muy limpios* (p. 32).

Pero la curiosidad de Frontera no se limita a aquellas cuestiones que se relacionan directamente con sus intereses, porque para él observar la naturaleza no es una simple obligación profesional, es también un placer y una manera de ocupar el tiempo de ocio. Su vida ha transcurrido siempre en el campo, pero los animales y las plantas que ha visto hasta ahora son forzosamente limitados. Pinos y encinas en los montes; naranjos en las tierras de regadío; y almendros, algarrobos, olivos e higueras en las de secano componen la mayor parte del arbolado mallorquín, mientras que las especies animales se reducen a cerdos, ovejas, cabras y algo de ganado vacuno y caballar. En los montes, sólo caza menor y pequeñas alimañas, si exceptuamos el majestuoso buitre negro. Por este motivo, Lorenzo se siente fascinado por las nuevas especies que descubre en los parques que visita. Ya en Montpellier apuntaba que había visto árboles colosales, algunos muy viejos, y en Lyon admira la frondosidad del parque de La Tête d'Or, cosa bien normal si se piensa en el paisaje árido y poco poblado de la isla de Mallorca. En este parque contempla por primera vez un árbol de extraordinaria apariencia cuyo nombre desconoce, tal vez un *figus elastica*, sembrado dentro de una gran caja, que *por las ramas echa raíces que parecen serpientes, y van a buscar el suelo, habiendo ya muchas hundidas en la tierra y otras que se alargan perpendicularmente; el efecto que produce tanta variedad de ramas entremezcladas [es] fantástico y sorprendente* (p. 17). El mismo asombro experimenta en París ante el cedro del Jardin des Plantes, *un hermoso cedro del Líbano que hace ya 143 años que lo plantaron*³.

En los parques contempla también *raros y curiosos [animales] que muchos no los había visto más que pintados* (p. 34). Entre ellos una hermosa jirafa, dos elefantes, dos hipopótamos, una cebra, búfalos, bisontes, jabalíes, muchas clases de antílopes y pájaros de hermoso plumaje, aves de rapiña de muchas clases, pero *ningún buitre tan grande como los de Mallorca* (p. 34). En el bosque de Boulogne, al que él llama de Bolonia, puede ver también animales de diferentes climas, *unos de utilidad y los más de lujo; grandes pajareras llenas de pájaros hermosísimos; faisanes dorados, ibis rosa, ibis venerada, varias clases de palomas y de gallinas, pavos reales, etc. Hay un lago lleno de hermosos cisnes y ánades. Una cuadra llena de cebras, otra de caballos de razas salvajes y hermosos toros; un canguro, antí-*

³ Lo hizo plantar en 1734 Bernard Jussieu, médico y catedrático de Botánica.

lopes, cerdos muy hermosos y seis grandes jirafas. Un estanque donde nadan con mucha gracia tres leones marinos, aquarium, colección de monos, et. (p. 57).

El viaje a París procura a Frontera la oportunidad de reordenar y ampliar su imagen de la naturaleza y, al mismo tiempo, la de descubrir una ciudad que contrasta fuertemente con el pueblo de siete u ocho mil almas donde reside. Este contraste se basa fundamentalmente en las sensaciones que le produce la insospechada superficie de una urbe que se caracteriza por el lujo y la luminosidad.

Es importante advertir que, a causa de una mentalidad conformada por su doble condición de agricultor y comerciante, el viajero cuantifica el tamaño de la capital a partir de la cantidad de alimentos que en ella se consumen: cuarenta mil kilos de pescado recibió un corredor del mercado central en un solo día, y en el matadero de la Villette se vendieron 121.040 reses en la primera quincena de septiembre. Pero hay que observar al mismo tiempo que estas informaciones provienen de unos periódicos cuya existencia considera una necesidad pero también un signo de la magnitud de la metrópoli. En las pequeñas poblaciones los diarios son innecesarios porque las noticias se transmiten de boca en boca y no tardan en ser conocidas por todos. En un pueblo como el suyo, la visita de la reina Isabel II fue un acontecimiento trascendental que nadie pudo ignorar. En París, en cambio, la llegada de los reyes de Portugal, del gran duque Constantino y de otros grandes personajes pasa desapercibida. Él se entera por los periódicos, pues sin ellos no sabría nada, *el periódico es de primera necesidad si se quiere saber lo que se pasa en esta Babilonia (p. 44).*

La riqueza y la luminosidad son notas características de la ciudad mítica. Ya las casas de Lyon le parecieron palacios, aunque fueran algo negras, tal vez a causa del humo de las máquinas (p. 15), y los edificios de París le producen el mismo efecto. Le parece que en semejante ciudad no puede haber pobres, aunque Jerónimo le explica que hay más de 50.000 personas que al levantarse ignoran si podrán comer, y más de 30.000 que por la noche no saben dónde acostarse. En la exposición contempla un indicio de la opulencia de los parisinos al ver *en medio de una galería un cubo blanco que tiene una pirámide encima, cuyos dos cuerpos representan si estuvieran reunidos, el oro y la plata que se consume en París anualmente en alhajas, cubiertos etc... La plata pesaría 200.000 kilos, y el oro 27.000 kilos, cuyo valor se elevaría a 120 millones de francos (p. 67).* Pero la abundancia de bienes se observa igualmente en el centro de París *que visto de noche produce un efecto maravilloso y de una grandeza que pasma (p. 44).* Sin embargo, el viajero no se deja fascinar por una prosperidad que le aturde y declara que no se le ocurre la idea de ser rico para poder disfrutar de tanto placer y que prefiere la vida del campo, con su trabajo ordinario y rodeado de su familia. Elocuentemente, termina las anotaciones de este día escribiendo: *Esta tarde he vuelto al Jardín de Plantas y he visto las fieras (p. 44).*

Aunque no se deje ofuscar por la riqueza, Frontera no consigue sustraerse a la fascinación de la luz. El contraste entre la ciudad luminosa y la oscuridad del pueblo donde ha nacido es demasiado violento. En su casa, situada en las afueras de la población, la oscuridad debía parecer aún más espesa y las veladas debían

transcurrir iluminadas solamente por algún quinqué o por la llama débil de los candiles de Mallorca. Descubrir tanto esplendor es, por tanto, descubrir un fenómeno portentoso que no se puede comparar con ninguna otra experiencia y que sólo puede describirse con adjetivos solemnes como *maravilloso, sorprendente o admirable*. Esta nueva revelación también tiene lugar en Lyon, antesala de París, donde los viajeros renuncian al proyecto de ir al teatro y prefieren recorrer las calles iluminadas, seducidos por la abundancia de luces que en las largas y rectas avenidas, por un efecto de perspectiva, dilatan el espacio hasta un horizonte nunca imaginado. Allí entran en una tienda cuyo techo está sostenido por pilastras forradas de espejos, en la cual, al encenderse los mecheros, *se produce un río de luz multiplicado al infinito* (p. 12).

La luz, en efecto, derriba las duras paredes de la noche. En la exposición, los rayos del faro eléctrico de diferentes colores *se reflejan a largas distancias y producen un golpe de vista admirable* (p. 57); y en Versalles, la multitud, sentada sobre el césped, espera que se alumbren los jardines, pues la claridad alcanza las altas y verdes copas de los árboles y *vista al través de los surtidores debe producir un efecto sorprendente* (p. 33). Igualmente impresionante es la iluminación del hipódromo o la del circo de verano, que veinte arañas alumbran con esplendor. Sin embargo, la recién descubierta vastedad del espacio no es el único motivo del asombro de Frontera, pues, por la noche, la artificiosa iluminación de la urbe convierte el París cotidiano y material en una ciudad prodigiosa y etérea, que roza lo sobrenatural. De ahí los largos y alucinantes paseos nocturnos por la calle Real, la Plaza de la Concordia o los Campos Elíseos cuyo resplandor le deslumbra y le hace sentir *transportado a un mundo superior* (p. 34).

Como ocurre en algunas obras dramáticas cuyos autores utilizan la técnica de la *mise en abîme*, Frontera incluye en su relato el relato de otro viaje, o tal vez de dos, uno en el tiempo y otro en el espacio. El segundo viaje sería aquel que realiza visitando los pabellones de los países que concurren a la exposición y que enumera, siguiendo el orden que guardan partiendo de la fachada principal, de la siguiente manera: Inglaterra, Estados Unidos, Suecia y Noruega, Italia, Japón, China, España, Austria-Hungría, Rusia, Suiza, Bélgica, Grecia, Dinamarca, América Central y Meridional, Persia, Reino de Siam, Marruecos y Túnez, el gran ducado de Luxemburgo, república de San Marino, Portugal y los Países Bajos.

En estos pabellones descubre Lorenzo nuevas maravillas, objetos desconocidos: grandes pieles de serpiente, colmillos de elefante, leones embalsamados, piraguas, carruajes, coches de ferrocarril, porcelanas, cristales para telescopio, relojes, juegos de ajedrez chinos, dioses de siete caras y cuatro pares de manos... Entre tantos portentos le interesa especialmente aquello que tiene relación con la agricultura. Se siente orgulloso cuando ve los granos y algarobas de Mallorca. En la explanada de los Inválidos están expuestos los equinos que *entre yeguas y caballos enteros pasaban de mil, divididos en muchas categorías; desde los enormes caballos de carro hasta los más hermosos tipos árabes e ingleses, casi todos de una belleza incomparable (...) los húngaros me gustan mucho. Hay algunos asnos y borricos a quienes encuentro detestables comparados con los de Mallorca. Algunas cebras*

muy bellas, y un individuo mezclado de caballo y mula que pertenece al jardín de aclimatación, y otro de caballo y cebra de la misma pertenencia (p. 29).

En otro lugar ve también asombrosas máquinas para hacer herraduras de caballo, trillar, sembrar, arar, pero *nada que se adapte al cultivo de Sóller* (p. 62). Ve incluso un horno para empollar huevos y un aparato para engordar aves de corral. Admira el martillo de acero de 80.000 kilos, las diversas aplicaciones del vapor, un motor de aire comprimido suficiente para poner en marcha un millón de relojes, y los ascensorios (*sic*) del Trocadero que le conducen a lo más alto de las torres, movidos por una máquina hidráulica. Frontera accede así a una era que la ciencia y la mecánica llenan de promesas y que él descubre súbitamente al leer un periódico que lleva fecha del día siguiente: *Leo un periódico con fecha adelantada, aquí se marcha al vapor* (p. 34).

Las nuevas técnicas comerciales son otro signo de los grandes cambios que se producen en aquel final de siglo. Contempla atónico la actividad de los grandes almacenes al entrar en un inmenso bazar *dicho del Bon Marché*⁴, el mismo que había impresionado a Zola, lleno de géneros en sus cuatro pisos, en el cual *hay un gran salón de descanso con una gran mesa llena de periódicos, y un telégrafo; sin exagerar creo hay doscientos dependientes y más de mil personas que transitan por los corredores. Para llevar los géneros comprados a casa de los compradores, tiene dicho bazar más de 80 caballos con sus coches. Salgo de allí mareado* (p. 30). El vértigo es una sensación que experimenta más de una vez, y lo confiesa, se marea en los grandes almacenes, se marea en la exposición (pp. 26 y 70) y le marea también el brillo de los cristales (p. 40). No puede adaptarse a la agitación de la Ciudad.

El manuscrito de Frontera no contiene solamente la descripción del país que descubre, de las riquezas que contiene, de las inesperadas invenciones. También, a lo largo del relato, puede conocer el lector su curiosidad por los acontecimientos políticos y su sensibilidad religiosa. Asombrado por las maravillas que contempla, el viajero no puede evitar el pensamiento de Dios. *Si esto hacen las criaturas, escribe una vez al salir de la exposición, ¿cuán grandes deben ser las maravillas que Dios tiene preparadas para los que le aman?* (p. 29), y el lecho de Luis XIV le sugiere esta reflexión: *Veo el lecho de Luis XIV. ¡Qué riqueza! ¿Cómo no se había de creer en Dios?* (p. 19). Por otra parte, le parece odioso que las sepulturas de Voltaire y Rousseau se encuentren en la cripta del Panteón, situadas debajo de un templo católico.

Las terribles huellas que dejaron el sitio de la capital y el posterior levantamiento de la Comuna atraen su atención. Al pasar por la avenida de la grande armada (*sic*), su hermano Antonio le explica que las cuatro filas de árboles jóvenes que ve ahora sustituyen los grandes árboles que los franceses arrancaron cuando la invasión de los prusianos. Lo mismo ocurrió en el Luxemburgo, *donde había árboles muy gruesos y altos; pero cuando los prusianos sitiaron París los cortaron por combustible, y las pocas muestras que quedan están llenas de balazos del tiempo de*

⁴ Fundado por Aristide Boucicaut, se encontraba, cuando lo visitó Frontera, en un momento de gran prosperidad.

la comuna (p. 50). Los vestigios de la sublevación se hallan en otros muchos lugares. En la plaza de la Bastilla, puede ver los solares que ocupaban unos grandes almacenes llenos de mercancías, propiedad de particulares, que fueron incendiados y, en esta misma ocasión, le dice Jerónimo que durante aquellos *tristes sucesos hubo cuarenta y dos mil víctimas, de éstas doce mil de tropa* (p. 29). En Montmartre, donde se construye el templo expiatorio del Sagrado Corazón, quedan todavía señales de balazos, y en la calle de Lille se hallan *las ruinas del palacio de cuentas que no se ha reedificado y cuyas paredes presentan un aspecto imponente* (p. 75). También en las Tullerías hubo incendios. En el cementerio del P. Lachaise, Lorenzo pudo ver igualmente el monumento a los generales Thomas y Lecomte que fueron fusilados.

Pero Frontera presenció además otros sucesos políticos y sociales. El 3 de septiembre se celebró el aniversario de la muerte de Thiers, suceso que, al parecer, se veía en París con cierto escepticismo: *Según creo y leo en un periódico no es más que una farsa de la que todo el mundo se ríe, incluso los que lo han promovido. Es una vanidad de partido y nada más. Ni el Presidente de la República ni el Arzobispo han asistido a esta función*⁵. Así y todo, al día siguiente se trasladó a la catedral para ver la ornamentación del templo. Cuando llegaron la iglesia estaba aún cerrada: *Hasta las diez y media no pudimos entrar, a pesar de no ser los últimos de la inmensa cola que por momentos se alargaba; y me admiro que a pesar de tanta gente no haya ningún atropello, ni que nadie intente adelantarse. El aspecto que presenta la Iglesia es imponente: la gran nave adornada con colgaduras negras, grandes arañas y candelabros; en medio del crucero un gran catafalco con un dosel negro de donde pendían largas fajas. Rodeaban el catafalco muchas coronas, algunas monstruosas, y una gran cantidad de flores; encima varias hileras de cirios que cuando estaban encendidos debían producir muy buen efecto. Los gastos de este funeral se hacen subir a 500.000 francos* (pp. 39-42).

Las relaciones comerciales y los movimientos migratorios fomentan los intercambios culturales e ideológicos. El pueblo de donde Frontera era oriundo es en este aspecto paradigmático. La plaga que asoló las plantaciones de naranjos a partir de 1870 produjo una fuerte corriente migratoria que generó un cambio cultural tan profundo que el francés se convirtió en la segunda lengua de sus habitantes (Cf. Vicens, 1993). Es indudable que Frontera contribuyó, en cierto modo, a esta renovación, pues en todo viaje se establece una relación de reciprocidad entre el viajero que ve y aquello que se mira y Frontera regresó cargado de nuevas experiencias. Algunas, las que pertenecen a los niveles superiores de la cultura, las que se relacionan con la literatura, el arte o la política, tal vez no serían nunca comunicadas o se comentarían solamente en el ámbito reducido de los familiares o de los amigos más afines; pero, posiblemente, las que se referían a otros aspectos más usuales o atractivos tuvieron un auditorio mayor. Hay que suponer que el viajero describió reiteradamente aquello que había visto: la ciudad magnífica, la frondosidad de los

⁵ Thiers había fallecido súbitamente el año anterior cuando se disponía a reanudar su actividad política.

campos, los esmerados cultivos, el esplendor de la exposición, el buen orden de los mercados, y que ayudó así a la penetración de un pensamiento y de un modo de vida distintos en aquella población que prefería transitar por las rutas del mar que por los caminos de la montaña y que, desde el siglo XVIII, vendía a Francia sus naranjas. Quién sabe si el asombro de Frontera ante un París iluminado favoreció la fundación en 1892 de una fábrica, la primera en Mallorca, que en 1894 consiguió iluminar todas las calles de la pequeña ciudad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- VICENS CASTAÑER, A. (1993): *Sollerics a França. Passions i Quimeres, 1870-1940*. Palma de Mallorca: El Tall Editorial.
- (1994): *Jeroni Frontera, matemàtic. Un mallorquí a París durant el Segon Imperi*. Palma de Mallorca: El Tall Editorial.